El capítulo tercero, dedicado a Guillermo de Ockham, el gran tema de Ghisalberti, resulta de una extraordinaria claridad. El Venerabilis Inceptor es enmarcado entre dos coordenadas: el terminismo y la primacía del individuo sobre el universal. El epígrafe más novedoso es la relectura de la ética ockhamiana, cuyo punto de partida es la libertad. La libertad ockhamiana es un término connotativo de la voluntad humana, en cuanto capaz de producir efectos contrarios. La libertad coincide, pues, con la voluntad. Ockham está convencido, además, de que el hombre es libre incluso con relación al fin último, pues ni siquiera existe, a su entender, argumentos definitivos para demostrar filosóficamente de un bien infinito, que se pueda constituir, por tanto, en fin último del hombre. Por eso, la ética no puede tampoco fundamentarse filosóficamente. (La inteligencia no alcanza a comprender el significado preciso del imperativo moral «haz el bien y evita el mal»). Solamente por revelación el hombre puede conocer que su fin último es Dios. De ahí que el imperativo moral se transforme en este otro imperativo: «actúa siempre en conformidad con la voluntad divina». La voluntad divina es la primera regla para establecer la bondad o maldad de nuestros actos; pero esa voluntad es inseparable de la inteligencia divina. La voluntad divina no debe ser entendida, por consiguiente, a un puro arbitrio. Ockham no está inmerso en un puro positivismo moral.

El capítulo cuarto esta dedicado a la revolución física protagonizada por Juan de Buridán; el quinto, a algunos aspectos del aristotelismo del siglo XV; y el sexto, a una cuestión típicamente renacentista: las relaciones de la libertad y la felicidad con la ética.

En resumen: un pequeño gran libro, que hará las delicias no tanto de un público culto general cuanto, sobre todo, de los especialistas.

J.I. Saranyana

Cruz González Ayesta, *Hombre y verdad. Gnoseología y antropología del conocimiento en las Q. D. «De Veritate»,* EUNSA («Colección Filosófica», 172), Pamplona 2002, 176 pp.

La presente monografía tiene el mérito de recuperar para el estudio del pensamiento de Santo Tomás esta cuestión disputada (no traducida todavía enteramente al castellano) en la que es posible advertir una madura respuesta sobre la índole de la verdad. En un contexto intelectual dominado por el relativismo y el perspectivismo, la propuesta tomista adquiere una fuerza particular puesto que, al tiempo que afirma decididamente la verdad como un bien necesario para la felicidad humana, se aleja de aquellos planteamientos más simplistas acerca de su adquisición. La verdad, que de suyo no está sujeta al tiempo ni a la cultura, es conocida, no obstante, por un sujeto —el hombre— que no puede sustraerse por entero a las coordenadas espacio-temporales. De esta manera afloran las dimensiones antropológicas del conocimiento de la verdad: la imperfección propia del conocimiento racional y sucesivo, el error, la necesidad de crecimiento de la potencia cognoscitiva mediante los hábitos intelectuales, etc.

La autora es licenciada en Filosofía y Letras (sección Filosofía) y doctora en Teología por la Universidad de Navarra, donde imparte su docencia en la actualidad. Su investigación se centra en el pensamiento medieval, y más concretamente en la obra de santo Tomás de Aquino, autor sobre el que ha publicado una extensa monografía, aparecida en la «Colección Teológica» de la Facultad de Teología de dicha Universidad: *El don de sabiduría según Santo Tomás: divinización, filiación y connaturalidad* (Pamplona 1998).

J. A. García Cuadrado

Carlos M. Martínez Ruiz, *De la dramatización de los acontecimientos de la Pascua a la Cristología. El cuarto libro del Arbor Viate Crucifixae Iesu de Ubertino de Casale,* Pontificium Athenaeum Antonianum, Roma 2000, 632 pp.

El franciscano argentino Carlos M. Martínez Ruiz publica el texto de su tesis doctoral; un magnífico estudio centrado en el cuarto libro de la conocida obra de Ubertino de Casale *Arbor Viatae Crucifixae Iesu*, de la que sólo se conocía la edición de 1305 hasta que Martínez Ruiz descubriera una segunda redacción, datable en 1326-1329 y su borrador (1312-1316); de esta forma, se comprueba cómo el *Arbor Vitae* «no es la obra de un momento en el derrotero e intelectual de su autor, sino de toda su vida». A este propósito, conviene decir que el autor ha conseguido precisar con solidez la biografía de Ubertino tras una profunda revisión de la historiografía existente. El primer capítulo se dedica a la obra de Casale, deteniéndose en el proyecto teológico del *Arbor Vitae* y reconstruyendo el proceso redaccional, especialmente del libro cuarto en el que se centra. Ubertino tiene un esquema propio (que el autor presenta frente a los más conocidos de Pedro Lombardo, san Buenaventura y santo Tomás de Aquino); adopta el símbolo del árbol, tomado del *Lignum Vitae* de san Buenaventura, y desarrolla sobre él un original esquema, que en el fondo constituye una *summa*, en cuanto compendio doctrinal acabado, aunque liberada de las exigencias metodológicas y didácticas del ámbito universitario. Finalmente, presenta un análisis de la exégesis bíblica de Casale situándola en el contexto de su época, así como las posibles influencias de comentarios, literatura apócrifa y bestiarios.

El segundo capítulo afronta la interesante tarea de realizar el recorrido histórico-cultural de Ubertino y de su obra. Los acontecimientos de la vida de Casale van determinando también su obra, muy especialmente todo cuanto afecta a la vida interna de su Orden así como las disputas en torno al famoso tema de la pobreza de Cristo y de la Iglesia.

El tercer y, último capítulo, se centra propiamente en el núcleo principal de la obra, es decir, en el análisis teológico del cuarto libro del *Arbor Vitae* desde la perspectiva del Misterio Pascual. En primer lugar, Martínez Ruiz presenta su contenido, que consta de dos grandes secciones: la dramatización de los acontecimientos de la Pasión de Jesús desde la entrada triunfal en Jerusalén hasta su expiración; y la sección más puramente teológica sobre los acontecimientos del Misterio Pascual, que Casale presenta en los tres días del Triduo Pascual (la sepultura de Jesús y la Soledad de María el Viernes, el descenso a los infiernos el Sábado y la Resurrección el Domingo con las apariciones a los discípulos) pero extendiéndolo a los cincuenta días de la Pascua hasta la Ascensión y Pentecostés, e incluso incluyendo un epílogo mariano como es la Asunción y glorificación de la Virgen.

En un paso posterior, el autor desarrolla la cristología de Casale en el cuarto libro, centrándose en el mérito de Cristo y la soteriología, y en las relaciones de la cristología con la pneumatología y la mariología, es decir, la continuidad de la misión del Hijo y la del Espíritu Santo, especialmente en la transformación interior del cristiano y en el nacimiento de la Iglesia, momento en el cual la Virgen desempeña también un papel primordial.

El autor ha sabido extraer no sólo la belleza literaria del texto de Ubertino sino también reconstruir su plan teológico y muy especialmente su cristología, asentada sobre una forma de expresión muy afín al pueblo cristiano, como es la dramatización. A partir de esta presentación dramática de la gran obra de la Redención, en la que Cristo y la Virgen asumen los papeles protagonistas, Casale articula todo un tratado teológico. El acierto de Martínez Ruiz ha sido saber presentarlo con método, profundidad y elegancia de estilo. Mérito suyo ha sido dar con la segunda versión de la obra y su borrador, lo que le ha permitido analizar desde este nuevo ángulo el conjunto de la obra de Ubertino; junto a ello, el esclarecimiento de su biografía aporta una nueva razón para que este libro sea a partir de ahora referencia obligada para cuantos pretendan estudiar la polémica figura de Ubertino de Casale.

F. Labarga